

nada los mas dulces sueños de venturoso porvenir. Terrible desengaño destruyó cruelmente sus ilusiones. El mismo día en que llegaba á Teruel acababa de enlazarse con Azagra la escogida de su corazón, y celebrábase con grandes fiestas en la casa paterna el anhelado enlace. Marcilla fuera de sí corre á la casa de los nuevos esposos, y encuentra medio de introducirse en la cámara nupcial antes de que entrasen en ella los desposados. Oculto vé llegar al orgulloso Azagra radiante de ventura y de esperanza, y triste y abatida como si se acercara su última hora, á la infeliz doncella. Desde el lugar en que logró ocultarse escuchó con inmenso agradecimiento el púdico ruego con que Isabel obtuvo de Azagra la permitiese permanecer por aquella noche fiel á su profundo pesar; y cuando el sueño cerró los ojos del esposo, y la desolada amante comenzaba su triste plegaria por el único hombre á quien amaba, presentándose Marcilla de improviso, la hizo comprender en un momento toda la estension de su horrible desgracia.

El apasionado caballero le pudo dar cuenta de su amor perdido, pero escuchando las dignas excusas de Isabel, tan hidalgo como amante respetó su pureza rogándole únicamente le diese el beso de eterna despedida. Sentía el desdichado mancebo destrozársele el corazón, con ese dolor indescriptible que hace comprender en un instante lo infinito del pesar, y solo anhelaba que su alma se exhalase, confundido su último aliento con el casto perfume de la púdica flor de sus amores.

—«Bésame que me muero,» repetía en verdad moribundo; é Isabel de Segura que sufría todos los tormentos de su amado, que le sentía morir, inflexible en aquella terrible lucha consigo misma y con el único sér á quien amaba, comprendiendo que para las leyes del honor son leves excusas los impulsos del sentimiento, rechazó victoriosa á Marcilla, que no pudiendo resistir mas su pena, cayó á sus piés exánime sin poder acabar de pronunciar el nombre de la que fiel á sus deberes le causaba la muerte.

La desgraciada Isabel al convencerse de su horrible desgracia no

encontró en su corazón, seco ya de tanto llorar, una lágrima siquiera para mitigar su pena. Reveló todo lo acaecido á su esposo, y éste cuidando mas de su seguridad que del dolor de Isabel para librarse de las indagaciones de la justicia, condujo con sus fieles deudos el cadáver de Marcilla á la puerta de la casa del infortunado mancebo.

*Al siguiente día publicó la luz el infortunio que la noche conservara oculto*, y el dolor del desgraciado padre tan á deshora privado de su hijo clamando venganza escitó el enojo de sus amigos, hasta el punto de que poco faltó para que viniesen á las manos los de las opuestas banderas, inculpándose unos á otros la sentida muerte. Pero luego que el sentimiento dejó espacio á la reflexion solo pensaron todos en tributar al desgraciado jóven las últimas ofrendas de su amistad.

Con triste aparato dispúsose en la iglesia de San Pedro el oficio fúnebre á que concurrieron todos los vecinos de Teruel y los guerreros que habian tenido ocasion de admirar las proezas del malogrado jóven, unos y otros abismados en profundo pesar.

El eco de los cánticos sagrados penetrando en la cercana casa de Isabel, hirió como agudo puñal el corazón de la desdichada amante; que desde las rejas de su estancia vió pasar lentamente la fúnebre comitiva y conducido en hombros de sus compañeros de armas al escogido de su alma.

Todavía cubrian los encantos de la púdica doncella las galas nupciales, que mal de su grado le vistieron el día anterior. Atónita, sin conciencia de sí misma, reconcentrada su vida únicamente en sus ojos que iban siguiendo con atraccion irresistible el cadáver de su amado, cuando le vió penetrar en las sagradas naves retiróse rápidamente de la ventana, arrancó de sus hombros y de su frente aquellas galas que la martirizaban, y vistiendo el tosco sayal que solo convenia á su inmenso dolor, salió precipitadamente á la calle, olvidada ya del mundo y de sí misma, y entrando en la iglesia á tiempo que acababan de colocar el ataúd sobre el túmulo, corrió á él desalada, abrazóse al cadáver, y besando su frente confundió en aquel supremo instante

con el primer beso de su casto amor el último suspiro de su vida.

Tan extraño ó inesperado accidente turbando la sagrada ceremonia, escitó distintos sentimientos, no faltando almas bajas en el concurso que tratasen á Isabel de liviana; pero su mismo esposo Azagra, haciendo justicia á la virtud de la infortunada Isabel, imponiendo silencio á los murmuradores levantó al alto puesto que le correspondía la memoria de la fiel esposa y de la amante sin ventura, que prefirió la muerte á turbar con la mas leve sombra de impureza el immaculado cielo de su honra.

Con tardía reparacion, parientes y deudos dispusieron que una misma sepultura juntase los cuerpos que habia separado fieramente el destino, y que ésta se abriese en la capilla de San Cosme y San Damian lindante con el cementerio de aquella misma iglesia. Honor hasta entonces á nadie concedido, que facilitó el valor de las familias de los Azagras, Marcillas y Seguras, lo extraño del caso, y la singular grandeza de aquella pasion amorosa, limpia de crimen, y por su pureza y vehemencia santificada.

### III.

Repetida constantemente con aditamentos de episodios mas ó menos verosímiles la tradicion que acabamos de narrar, no ha faltado quien la ponga en duda, por lo cual creemos muy del caso entrar de lleno en esta cuestion, puesto que habiendo aceptado nosotros la tradicion popular estamos en el deber de justificar nuestra creencia.

Varicos son los documentos que se citan en apoyo de dicha historia, documentos que creemos del caso transcribir, para que con toda imparcialidad examinados, produzcan completo convencimiento ó prudente duda.

Es el primero un papel de letra muy antigua que se conservaba á principios del siglo xvii con el titulo de *Historia de los amores de Diego Juan Martinez de Marcilla é Isabel de Segura. Año 1217: fué juez de Teruel Domingo Celada*, en el archivo de Teruel, en cuya época lo copió el Secretario del Ayuntamiento Juan Yagüe, segun lo testifica él mismo como notario público: esta copia se encuentra en la actualidad en el archivo de la Iglesia parroquial de San Pedro de Teruel.

Dice así:

«E pues decimos de males y guerras bueno es digamos de amores. «Nos feitos mas verdaderos en Teruel está el de un jóven llamado «Diego Juan Martinez de Marcilla, de unos veinte y dos años. Enamoróse de Isabel de Segura, fija de Pedro Segura: el padre no tenia «otra, era muy rico: los jóvenes se amaban muy mucho, en tanto que «vivian afanados; é dixo el jóven cómo deseaba tomarla por müller, é «ella repuso, ciertament el deseo de ella era aquel mateix, empero «que supies que nunca lo faria sin que su padre y madre se lo mandasen; ahora él la quiso mas, é fiçolo decir á su padre: su respuesta «fué que ciertament él era muy bien pagado del jóven, é que venia «bien; empero que él no tenia biens, non se quejase, é que su padre «tenia otros fijos quien mas lo podia heredar; hasta, que no lo faria, é «que él podia dar á su fija treinta mil sueldos, é que apres tenia toda «su casa.

«El jóven fué bien contado, el cual dixo á la doncella, que pues su «padre no le despreciaba sino por los dineros, que si ella queria es- «perar cinco años que él se iria á traballar y morir en las guerras «alegre; ya por mar, ya por tierra, hasta tener dineros; al fin ella «de nuevo se lo concedió, y se ausentó el espacio de cinco años: tra- «bajando contra los moros, ganó empleos y dinero, ya por mar, ya «por tierra.

«La doncella en este tiempo fué muy acosada del padre para que «tomase marido; la respuesta de ella fué que habia votado virginidad, «hasta que fues de veinte años, diciendo que las mulleres no debian